

Magüi Mira

“En el teatro no se sabe de edad, sólo de energías”

Texto y fotos:
Miguel Núñez Bello

Esta niña de posguerra de tan sólo 66 años, cada vez que se sube a un escenario cumple el sueño que una vez vieron sus ojos “envidiosos” en otra niña que vestía un traje azul, que se movía sobre un elefante del circo, y que se llevaba todo el protagonismo. La biografía de Magüi Mira empieza y termina con este pasaje. “Siempre quise ser como ella. Era muy egocéntrica y quería para mí toda la atención de los demás”.

Magüi reconoce que podría vivir eternamente encima de un escenario pero no en un camerino, al que esquiva hasta un cuarto de hora antes de una función.

Quedamos en el emblemático Café del Círculo de Bellas Artes, una hora antes de la representación de “*El cerco de Leningrado*”. Viene paseando calle Alcalá hacia abajo, sin prisas, con el personaje de Natalia memorizado en tantos paseos por la calle Recoletos. “Es uno de mis sitios preferidos para pensar y meditar antes de soltar esa adrenalina mágica que es el directo con el espectador”.



-¿Se imaginaba estar aquí, en este momento, con tantos reconocimientos y elogios?

Con seis años lo tenía muy claro. En la Universidad también hice teatro, pero nunca pensé que iba a conseguir hacer teatro profesionalmente. En mi familia sólo mi hermano Carles Mira estaba relacionado con este Mundo.

-¿Cómo fueron entonces esos inicios en el teatro?

Recuerdo que en 1981 cuando llegué a Madrid, fue la primera

vez que alguien pagó una entrada por mí, en el Centro Cultural y haciendo *La Noche de Molly Bloom*. Compartía casa con Antonio Banderas en la Plaza de Olavide. Dormíamos en un colchón en el suelo, sin agua caliente y duchándonos en el teatro María Guerrero.

Magüi todavía recuerda los chorizos que traía Antonio de su pueblo y que celebraban por todo lo alto al “no tener un duro”. La vida era dura, pero más si cabe la cabeza de una mujer con ilusión y ganas de aprender.



-¿Y ahora cómo ve las generaciones que vienen detrás?

Es la primera vez que mucha gente piensa que las generaciones que vienen detrás van a vivir peor que nosotros. Eso me llega al alma y lucho para que no sea así. Puede pasar, pero espero que sea un tiempo muy corto. El problema de los jóvenes de 14, 15 años es que no duermen, se alimentan mal. No pueden hacer seis horas seguidas de clase sin que nadie les obligue a comer, a descansar. Falta educarlos en las casas y modificar los planes de estudio. ¿Cómo pueden programar las televisiones cosas para los adolescentes a las 11 de la noche?. Ahí hay que gobernar también.

-¿Y su generación?

Hemos comido muchos fideos y patatas, pero hemos dormido. Los tomates tenían todo el caroteno necesario para que no estu-

“Tengo la suerte de que no trabajo en una mina. Mi jubilación puede ser mucho más tardía”.

viesen manipulados, una ventaja para tener el cerebro funcionando. Mi generación está muy viva, sobre todo porque no vivimos la guerra. La anterior es para estar todos los días dándoles las gracias porque no sabemos lo que han luchado y vivido.

Lucha por la igualdad

-¿Qué es lo que más le preocupa de su alrededor más próximo y familiar?

A nuestra generación nos preocupa nuestras hijas, que han tenido que vivir un momento terrible porque han tenido que ser madres y trabajadoras a la vez y eso te condena a un imposible. Hay que conciliar la vida laboral y familiar. No puede ser que a los 6 meses de tener un niño tengan que volver a trabajar. Las mujeres en estos momentos somos unas infiltradas, porque los hombres todavía no se han dado cuenta de lo que hemos conseguido en 30 años.

-¿No cree que exista entonces una igualdad hombre-mujer como se quiere dar a entender?

Creo en la igualdad, pero el camino que queda es brutal. Sólo está en la teoría, no en la práctica, no cobramos los mismos salarios, por ejemplo.

En “*El cerco de Leningrado*” también se habla de la igualdad, aunque por su inexistencia cuando se lucha contra el poder establecido. Dos mujeres marginadas, invulnerables, tanto al derrumbe real del edificio donde está el teatro como al moral de sus ideas. Estamos conociendo a Natalia, ¿pero cómo es Priscila?

-¿Cómo es Beatriz Carvajal?

Para mí es un tesoro, el mejor regalo del Mundo. Es la mejor pareja que he tenido encima del escenario. El amor que nos tenemos encima de las tablas es enorme, recíproco, pero no es perpetuo en la vida real.

-¿Se aprende de una mujer como ella?

Se aprende de todo el mundo. Me encanta observar la vida, porque lo que tengo que hacer después en el teatro es crear vida en vivo, y unas veces se consigue y otras no.



-¿Se percibe si la función está gustando, si hay conexión con el espectador?

Claro que sí. Respiramos a la vez, nos oímos, reímos juntos. La emoción que se vive con el espectador es un paisaje infinito. Lo que más me gusta es el reconocimiento de los aplausos y los “¡¡¡bravo!!!” de la gente.

-A lo largo de su carrera artística ha conseguido muchos galardones y reconocimientos, entre ellos el premio Celestina por Escenas de Matrimonio de Ingrid Bergman. ¿Cuál le ha llenado más de satisfacción?

Los premios siempre están muy mediatizados y a veces influye más la suerte. El que más valoro es el Celestina porque te lo da la crítica, no un jurado en el que puede haber intereses. Que todos los periódicos y radios se pusiesen de acuerdo dice mucho de la importancia del premio.

-En *el Cerco de Leningrado*, Natalia y Priscila, con ideales totalmente distintos, se ponen en muchos momentos de acuerdo, por ejemplo en protegeros de la corrupción política. ¿Existen muchas similitudes con la vida real?

Nos protegemos de algo que está contaminando nuestras vidas para los pocos valores que nos quedan, que es la corrupción de la política, de las ideas, el poder. Somos dos románticas salvajes que pensamos que las ideologías podrían permanecer limpias, pero no es verdad porque se contaminan por el poder y al final no sirven para nada.

-¿Tan cerca están la izquierda y la derecha?

Así piensa Sanchís Sinisterra en la obra, y así pienso yo. Critico a todos los que por unos votos, son capaces de perder los valores que deberían mantener. Eso es un riesgo muy grande que acaba confundiéndonos a todos los ciu-

“Me preocupa mucho la generación que viene detrás, la mía está muy viva”

dadanos. Los problemas se tienen que resolver con honestidad y no se hace.

-En su caso, ¿Ha sido siempre fiel a sus principios?

No, pero creo que todos nos hemos dejado corromper en algún momento de la vida. Lo que pasa es que hay grados. Ellos están en el poder, porque gobiernan y la oposición también gobierna. Hemos llegado a un momento en el que todos tienen que estar de acuerdo, hay que sumar en pactos.

-Sobre el escenario, ni a usted ni a Beatriz Carvajal les seduce nada de lo que hay fuera. ¿Qué le seduce a Magüi Mira cuando se cierra la puerta del teatro?

Te diré que hay días que no te apetece ni levantarte de la cama, pero creo en un Mundo mejor. El ser humano está dotado de gracia y de alguna manera vamos a salir de esto, y será a mejor.

Comprometida con la vida

Magüi Mira es de esas personas que mira con añoranza y orgullo al pasado. De sus inicios en el teatro tiene un recuerdo imborrable. Desde aquella interpretación magistral en *La Noche de Molly Bloom* a estar “encerrada” en un teatro junto a Beatriz Carvajal, han pasado muchas vivencias, momentos de alegrías, desesperación, pero todo alrededor de un mundo escénico que también ha sabido recompensar la ilusión de esta jovencísima actriz y directora de 66 años, que tiene muy claro que para estar bien física y

mentalmente hay que “comprometerse con la vida y las cosas”. Se define “como una mujer realista pero optimista. No sé dónde vamos a llegar, pero a algo mejor seguro”. Escénicamente, la dirección teatral ha cambiado a esta valenciana de retos constantes. “Desde que dirijo entiendo mucho mejor el arte escénico. Las jerarquías no existen, lo importante es el trabajo en equipo. Cuando soy directora intento enamorar y convencer a todos (músicos, técnicos, actores...) para que hagan el viaje conmigo. Cuando trabajo como actriz lo que intento es enamorarme de la idea del director y productor. Lo importante es que no haya jerarquías. En el fondo, en este país somos muy clasistas y siempre pensamos que somos más que los otros. Eso es incultura”.

-¿Y cuando se da cuenta de ello?

Dirigiendo en Rusia (San Petersburgo) hace un año. Trabajé con ellos tres meses. Todos se trataban por igual, sin jerarquías, de director al actor. Son la cuna del gran teatro del siglo XIX, XX y XXI. La cultura teatral de Rusia no tiene nada que ver con la nuestra, entre otras cosas porque para ellos ha sido el pan desde el siglo XIX. Tienen un gran Patrimonio y respaldo del Gobierno e instituciones.

-¿Qué es más complicado dirigir o interpretar?

Es una pregunta complicada. No es un tópico decir que son implicaciones diferentes. La responsabilidad de dirigir es enorme porque si te equivocas en el reparto ya no tienes nada que hacer. La dirección es un viaje mucho más largo y extenuante.

-¿Y el éxito trata por igual al director que al actor?

Es un trabajo en equipo, pero siempre se recompensa más al actor en los medios porque es el que está con el público cada día. Este puede salvar una mala dirección y viceversa. Si un día el actor no está fino...

Admiración por su hija

-¿Hay algún personaje que se haya quedado dentro de usted en estos años?

Muchos, pero por suerte los que se han quedado dentro de mí los va representando mi hija, Clara Sanchís. Es increíble, la están dando papeles que a lo largo de mi vida yo no pude interpretar porque no tuve suerte, no encajaban las fechas. Por ejemplo, *Lorraine Macbeth* era un personaje con el que siempre soñé, y lo ha hecho mi hija.

-¿Le queda algo por alcanzar en las artes escénicas?

Ahora que lo dices, te diré que he trabajado con mi hija en la televisión, haciendo de madre e hija. Sobre las tablas de un teatro no hemos hecho nada juntas, y eso es algo que me queda ahí, pero también la he dirigido. Nos damos consejos una a la otra. Lo que siempre la digo es que lo más importante es aprender.

“*El Cerco de Leningrado*”, no es que lo diga Magüi, ha tenido una excelente respuesta en Madrid. La función ha ido entrando en los ojos de los espectadores y se ha quedado en “un corazón agradecido”. A medida que llega la hora de volver a subirse al escenario, la calle Alcalá va ya llenándose de curiosos, aficionados al teatro, y algún admirador que reconoce a Magüi y la desea buena suerte. “El espectador es muy agradecido, muy sincero. Con los años ha cambiado su perfil. Aho-



ra viene al teatro gente de todas las edades”.

No hay duda de que el patio de butacas responderá una vez más, aunque no siempre es así.

-¿La actual situación de crisis se está notando también en el teatro y en todos aquellos que hacen posible que la vida sobre unas tablas se siga representando?

Se nota la crisis, ya sea público o privado. Hay Ayuntamientos que no pueden programar nada porque no saben cómo pagar. Todo tiene algo a favor y en contra. La falta de dinero es el principal inconveniente, pero a favor te diré que se está dejando de un lado la parafernalia y está emergiendo el actor como responsable máximo del logro escénico. Lo más importante seguimos siendo nosotros.

-¿Y entre ellos actores veteranos y con muchos años sobre los escenarios?

El teatro no sabe de edad, sólo de energías. Lo que hace falta es llegar a los 80 años con una energía suficiente para subir a un escenario como Aurora Redondo, que cumplió los 90 años conmigo y sobre el escenario de “*Maribel y la extraña familia*” y está perfecta.